

La Iglesia, ¿rebaño pequeño o pueblo inmenso?

Juan Danielou, S. J.

Se habla mucho hoy de la Iglesia de los pobres. Pero cada quien inscribe bajo este nombre cosas sumamente distintas. De hecho, hay dos concepciones de la Iglesia que se enfrentan principalmente. Para los unos, la Iglesia es un estandarte levantado entre las naciones. Debe ella dar testimonio delante del mundo de lo que trasciende al mundo. Lo esencial es que la Iglesia dé este testimonio. Se le exigirá, en primer lugar, que sea pura, y se harán todos los esfuerzos posibles para desprenderla de la civilización en la que temen pueda comprometerse. Se crea la añoranza de los tiempos de los mártires y está siempre a flor de labios aquello del "fin de la era constantiniana". Y los partidarios de esta concepción de la Iglesia preferirán salvaguardar esta pureza, aun al precio de la pérdida de muchedumbres bautizadas para las que el cristianismo no es sino una práctica exterior.

Pero frente de esta concepción hay otra que surge y se robustece cada día más, no en nombre de la tutela de una cristiandad histórica, sino de las exigencias mismas del Evangelio y de una visión realista del porvenir. Es carácter esencial del Evangelio, para los que sostienen esta concepción, el ser la religión de los pobres, no de éstos en el sentido que implique un desprendimiento de lo terrestre, sino en el de la inmensa marea humana. Para ellos la Iglesia es, como para San Agustín, la red que recoge los peces buenos y malos, y en la que no somos nosotros, sino los ángeles, los que tienen que hacer la separación. La concepción auténtica de la Iglesia es para ellos la de las épocas de cristiandad, en las que todo el mundo era cristiano. Y añoran esta condición cristiana. Se da por supuesto que la Iglesia se inserte en la civilización, pues es imposible un pueblo cristiano en una civilización que le sea contraria. Y prefieren este inmenso pueblo amalgamado a una Iglesia más pura, pero que se parecería más a una capilla.

Es evidente que el mensaje evangélico se dirige a todos los hombres, a los pobres especialmente, que la Iglesia, que no es sino la comunidad de los que han recibido el mensaje evangélico, está abierta a todos. Así se manifiesta ya en el Evangelio. Cristo se aplica a sí la frase de Isaías: "He venido a anunciar la Buena Nueva a los pobres."

La palabra "pobres" admite varios significados. Puede designar a los que están en la miseria. Y Cristo alivia sus miserias.

Puede también significar "los pobres de espíritu", los que buscan primeramente el Reino de Dios y su justicia, y lo arriesgan todo por él.

Y también significa a los que efectivamente no son privilegiados ni de la plata, ni del espíritu, ni del honor.

Este es el sentido que damos aquí a la palabra "pobres". Como también parece que se lo da Cristo, como se ve en su manera de actuar.

El universalismo es uno de los rasgos que caracterizan a la Iglesia al estudiar los primeros siglos cristianos. El texto más notable a este respecto es el del pagano Celso, que se mofa de las comunidades cristianas, en las que no ve sino un colector de gentes sin honra ni prestigio, prostituídas... Las contradistingue de las "sociedades pitagóricas", que se reclutan entre las élites intelectuales y morales.

Nada hay más inexacto que contraponer, bajo este punto de vista, tiempos constantinianos y preconstantinianos. Ya en el siglo III vemos a Orígenes y a San Cipriano quejarse, en Alejandría y África, de la disminución del fervor, debido a un aumento numérico considerable. Y conocemos de sobra que las persecuciones están limitadas por el tiempo y el espacio.

Lo ciertamente evidente es que la extensión del cristianismo al pueblo inmenso, que le es esencial, quedó impedida en los primeros siglos por el hecho de que el cristianismo se desarrollaba en el interior de una sociedad cuyos cuadros sociales y estructuras culturales le eran hostiles. La pertenencia al cristianismo exigía una fuerza de carácter de la que no eran capaces los más. La conversión de Constantino, al derribar este obstáculo, posibilitó el acceso al cristianismo de los pobres, de aquellos precisamente que no formaban las "élites", el acceso del hombre de la calle. Este fenómeno no sólo no adulteró al cristianismo, sino que le permitió realizarse en su naturaleza de pueblo.

El pueblo cristiano

Este es el mismo pueblo cristiano que existe aún en Bretaña y Alsacia, en Italia y en España, en Irlanda y en Polonia, en el Brasil y en el Perú. El pueblo que se siente traicionado cuando ve que ciertas élites católicas, seglares o sacerdotales, se preocupan más de entablar el diálogo con los marxistas que de trabajar en su defensa y expansión.

Ciertamente que el afán misionero es algo esencial. Pero San Pablo nos pide preocuparnos también de los que son nuestros hermanos en la fe. Sería un cálculo criminal abandonar la muchedumbre de los pobres que se han confiado a la Iglesia, bajo pretexto de agilizarla y hacerla más misionera. Este es el mismo pueblo cristiano que ha resistido en Rusia la indoctrinación marxista, y al que el ateísmo marxista trata de destruir por todos los medios. Y esto hace particularmente odiosa esta persecución, que tiende a destruir lo que hay de más sagrado, la fe de los pobres. El drama del cristianismo occidental actual, es decir, de esta parte del mundo donde ha existido un pueblo cristiano, es precisamente la descristianización de las masas.

Siempre ha habido crisis en las élites intelectuales. Y no es más peligroso para un país cristiano el contar con algunos intelectuales ateos, que para un país ateo contar con algunos intelectuales cristianos.

Pero lo que es mucho más difícil reconstruir, porque es el resultado de una labor larga y paciente, es la constitución de un pueblo cristiano.

Necesidad de una cristiandad

El problema consiste en que nos preguntemos en qué consisten las condiciones que hacen posible un pueblo cristiano. Y para ello preguntémosnos cuáles han sido las condiciones que han hecho posible un pueblo cristiano. Es extraño, pues, que los que con más frecuencia hablan de la evangelización de los pobres sean los más hostiles a las condiciones que hacen accesible el Evangelio a los pobres.

No puede arraigarse verdaderamente la fe en ningún país, sino cuando ella se injertó en su civilización, cuando existió una cristiandad. El cristianismo no es accesible a la masa de un pueblo como revelación, sino cuando se ha arraigado en este pueblo como religión.

Así, pues, la pastoral contemporánea viene a confirmar la legitimidad del proceso constantiniano. Sólo porque el cristianismo, a partir del siglo V, penetró la civilización occidental y existió una cristiandad, se hizo posible el inmenso pueblo cristiano que llenó el occidente medieval y barroco.

Claro está que el pueblo cristiano presenta los defectos de todo pueblo. Para muchos de sus integrantes el cristianismo es más una tradición social que un compromiso personal, más una necesidad religiosa que una fe sobrenatural.

Pero la cuestión está en saber si no es precisamente deseable que el Evangelio se extienda a estos pobres que reciben parte de su mensaje. Este es el problema actual de la pastoral de masas. La experiencia ha demostrado que es prácticamente imposible para un cristiano que no es militante el perseverar en un medio que no le sostiene. ¿Cuántos van a la misa en la aldea que nunca lo van a hacer en la ciudad? Se hablará de cristianismo sociológico. ¿Se llegará tal vez a decir que lo mejor es desembarazarse de tales cristianos? Sería un tremendo disparate. Porque el cristianismo de estas gentes puede ser auténtico, pero no tan personal como para liberarse del medio que le oprime. No hay cristianismo de masa sin cristiandad.

Aquí está la opción. Porque algunos van a decir que el cristianismo no tiene necesidad de poseer muchos adeptos, que es mejor tener pocos cristianos y fervorosos, que después de todo son tales las exigencias del evangelio que sólo un reducido grupo será capaz de responder a ellas... El cristianismo debe aceptar ser la sal o la levadura y negarse a diluirse en la masa. Lo esencial es que guarde su sabor. La Iglesia es una señal entre las naciones. Debe preocuparse más de permanecer intacta que de reclutar numerosos miembros. La salvación es, después de todo, secreto de Dios. Hay distintos modos de pertenencia a la Iglesia y ésta tiene la obligación de ser fiel a sí misma.

La Iglesia no es sólo una "élite"

No podemos negar lo que hay de justo y verdadero en estas frases. Y con todo son inaceptables. Es evidente que las exigencias del Evangelio sólo serán puestas en práctica por una "élite". Y muy pequeña. Pero ¿podríamos reducir la Iglesia a esta "élite"? ¿No es esencial que todo hombre que confíe en Cristo le pueda pertenecer, no puede traducir el hombre su necesidad fundamental de religión en una forma cristiana, sea cual sea? ¿No es esencial que la institución eclesial

esté presente en todas partes por la palabra y los sacramentos, para que todos puedan venir y apagar allí su sed? ¿No es sumamente arriesgado el caer en un cristianismo de secta, en una religión de intelectuales?

La Iglesia tiene la absoluta obligación de hacerse accesible a los pobres. Y no lo podrá hacer sino creando aquellas condiciones que hagan accesible el cristianismo a los pobres. Aquí consiste el deber de la Iglesia en trabajar por hacer que la civilización haga posible el acceso a la vida cristiana de las masas. Es claro que hoy se oponen a éste demasiadas cosas. La civilización técnica tiende a absorber al hombre en las preocupaciones materiales. La socialización y la racionalización dejan poco espacio a la vida personal. La desorganización de la sociedad arrastra consigo una situación de miseria para millones de hombres, que impide su vida personal. La laicización de la sociedad suprime la presencia de Dios en la vida familiar, profesional o cívica. Se está haciendo un mundo, pues, en que todo contribuye a alejar al hombre de su vocación espiritual.

Transformar la sociedad y crear ambientes cristianos

Resulta evidente que los cristianos deben esforzarse en transformar el conjunto de la sociedad para que ella haga posible la vida cristiana al conjunto de los hombres. Pero es también evidente que una tal transformación es, de todas formas, lenta, y que muchas veces quedará frenada por las circunstancias. Será, pues, necesario comenzar a crear ambientes, "medios" parciales, en los que la vocación cristiana pueda desarrollarse. Aquí se plantea inevitablemente la cuestión de las instituciones cristianas con sentido de servicios que no pertenecen por naturaleza a la Iglesia, pero que ella se ve forzada a instituir: escuelas, sindicatos, etc., que hacen presente el cristianismo en la vida social, no sólo en el plano del testimonio individual, sino en el de una institución colectiva. La cuestión de las relaciones del cristianismo con la civilización queda muy a oscuras de ordinario para aquellos que la estudian bajo el punto de vista de las situaciones históricas. Subrayar su relación aparece como una decisión de mantener al cristianismo comprometido en las estructuras de un mundo anticuado. Exigir su separación expresa, al contrario, una decisión de encararse con nuevas situaciones. Esta perspectiva es justa, y la relación de cristianismo y civilización está elaborada perpetuamente a base de estas rupturas y de estas encarnaciones. Se expresa una idea justa al hablar de aligerar al cristianismo de un cierto peso sociológico, según lo dicho.

Pero cosa muy distinta es transponer estas ideas históricas a un plan teórico. Aceptar esta separación como la concepción válida, oponer una civilización "sacral" a otra profana, considerar que la Iglesia y la "ciudad" deben moverse en mundos separados, constituye una visión de las cosas irreal y peligrosa.

Peligrosa para la fe porque ésta no puede ser la fe de los pobres sino en una civilización que la haga normalmente accesible a los pobres y no un privilegio exclusivo de una "élite" de espirituales.

Peligrosa para la "ciudad", a la que deja hacerse de una manera inhumana e incompleta.

Este es el problema que hay que plantearse.